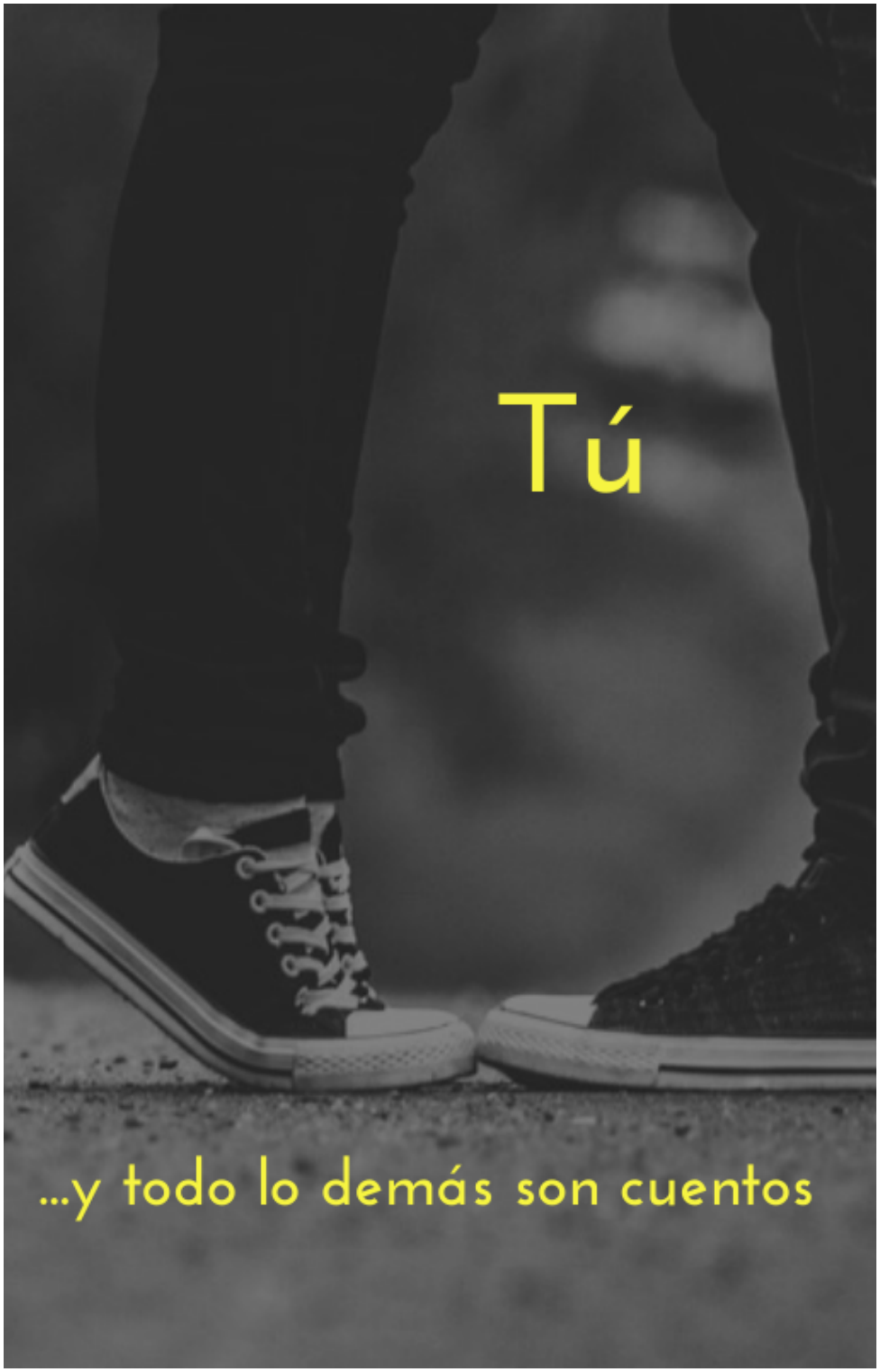
TÚ ...y todo lo demás son cuentos

María Antonia Bruno Vidal



Capítulo 1

Todos eres tú. El chico de la moto que me adelanta por la derecha, le sigo con la mirada y veo tus brazos, tus piernas… El taxista que aparca al otro lado de la calle sin que pueda distinguir su cara, el conductor de esa furgoneta que espera, unos metros más adelante, a que el semáforo se ponga en verde. Pasa un patinete veloz por el carril de las bicis y la vista se me va aunque solo logre vislumbrar una silueta. Y así todos los días. Y sé que no eres tú. O quizá no lo sé Lo que quiero es que, tal vez, un día de estos seas tú.

Hay que resolverlo, me digo de vez en cuando. Resolver… resolver qué, cómo; después del tiempo que ha pasado entre tu vida y la mía y la de esos otros allegados, y la costumbre de los días compartidos, de su compañía, de sus risas y sus penas, de las noches de amor o desamor, o de silencio, o de palabras suyas y tuyas, y las mías… y las de él. ¡Cuánto de por medio! Será el karma, que me hace padecer los síntomas de tu enfermedad, ahora mía. Sí, porque… 'je suis malade, perfectament malade, com quan ma mère sortait le soir et qu'elle me laissait seul avec mon désespoir…' (Cierro los ojos y puedo ver a esa niña en la cama de una gran habitación; a izquierda y derecha en fila todas sus muñecas, para ser multitud y saberse menos sola. Y aún así no podrá conciliar el sueño hasta que, de madrugada, perciba el olor de su madre y el calor de su regazo).

Es una desesperación transformada, digerida por lo años, convertida en otro tipo de dolor que en lugar de hacerme crecer me empequeñece.

Sí, hay que resolverlo; talvez, un día de estos seas tú.

Capítulo 2

"Años después de la guerra, después de las bodas, de los hijos, de los divorcios, de los libros, llegó a París con su mujer. Él le telefoneó" (Marguerite Duras, 1984, El amante, pag. 146).

El secreto de Marguerite.

Días después de recibir su llamada, él la visitó una tarde. Su acentuado porte inglés, resultado de una estricta educación occidental, no atenuaba sus profundos rasgos asiáticos. Y su tez, aún marcada por los años, seguía teniendo ese tinte que Marguerite había envidiado siempre.

Reconocerle fue como bajar hasta las profundidades de la memoria y sentir de nuevo ese aroma de juventud, tan lejano en el tiempo; el vapor humeante de las tazas de té en aquel ritual que precedía sus juegos prohibidos, el efluvio de los fumaderos de opio cercanos, la pequeña puerta de aquella habitación húmeda y oscura que los separaba del mundo …a los amantes.

Todavía en el umbral de la casa, él le entregó un pequeño paquete y entonces le habló:¿podemos tomarlo juntos?

La fragancia de las hojas escalfadas de *trà xanh* recorrió la estancia, impregnó las palabras, sus libros, sus recuerdos… y por unos instantes Marguerite volvió a ser aquella joven apoyada en la barandilla del transbordador que unía las dos orillas del rio Mekong. Y en ese momento supo que también le amaba, "…que era como antes, que nunca podría dejar de amarle, que le amaría hasta la muerte" (Marguerite Duras, 1984, El amante, pag. 146).

Capítulo 3

NOLI ME TANGERE

Le cogió de la mano y le condujo hasta la habitación. No oían, aunque la televisión gritaba con su frivolidad de colores y luces que retorcían sus sombras sobre la alfombra del salón, ya vacío. Tampoco hablaban, solo eran sus bocas que se buscaban con desesperación, como si no llegaran a tiempo los besos. Uno contra otro recorrían la cama con sus cuerpos, con su deseo: el deseo de sus bocas, de su piel, de sus sexos; con el silencio de las caricias que les guiaban hacia ternuras inóspitas y espontáneas tempestades. Casi con ira. Como se aman los amantes, con sus excesos. Una vez, y otra…, con alevosía. Y después se rindieron, y se abandonaron sobre las sábanas revueltas con el olor de sus cuerpos cuando hacían el amor.

La noche era calurosa, húmeda y sofocante en su punto más álgido de un solsticio de verano que se había hecho esperar. No podía conciliar el sueño y se levantó, despacio, con sigilo, sudoroso y esbelto con su cuerpo desnudo, tan blanco. Se acercó a la ventana y encendió un pitillo, apoyándose en el alféizar aún tibio del sol de la tarde. Afuera, la luz intensa de las farolas escalaba hasta las rendijas de la persiana proyectando claroscuros en las paredes, en los muebles, en los cuerpos… Volvió la cabeza hacia su otra mitad durmiente y pensó que ya no recordaba la vida sin su presencia. Contempló su desnudez, su cabello castaño sobre la amohada, entre esa penumbra que dejaba al descubierto la espalda tersa y bronceada; la había acariciado tantas veces que sus manos podrían moldearla tan solo con la memoria de sus caricias. Y recordó cómo era antes de su llegada.

No fue fácil conocerle; escucharle, simplemente, como un espectador sin prejuicios. Después como un amigo, aunque a veces le confundía con algún comentario esquivo o con desafíos maliciosos que creía reconocer como misivas. Pero solo era una coraza para protegerse de «malos royos» como solía decir. El principio fue el cruce de una mirada que les dejó el rostro contenido en los ojos, y en la boca una tenue sonrisa de complicidad innata. Una tarde le llevó a su casa, preparó café y le enseñó sus libros, sus fotos, sus discos … y se sentaron a charlar. A charlar de esos temas tan intrascendentes y socorridos de los que uno habla cuando la compañía del otro desata otras sugerencias, otros deseos. Pronto descubrieron un espacio donde encontrarse, reconocerse, amarse. Y un día se perdieron juntos en todas las tardes, entre el vaivén de las gentes y sus vidas, hasta la deriva de las agujas del reloj; como en sus ojos. Y decidieron dar un nuevo orden a su vida: en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza. Con sus miedos,

con sus dudas. Sin promesas, sin contratos… sin límites.

En la estación de tren, donde se conocieron, hay un enorme graffiti que reza sus nombres: Ángel y Juan, al abrigo de un antigua inscripción latina que advierte a cuanto transeúnte se detiene en su lectura.

Capítulo 4

EL PECADO DE SER...

Le habría visto muchas veces pasear su oscura tez por las callejuelas del barrio viejo, al amparo de otra oscuridad: la sombra eventual de las antiguas techumbres de callejones olvidados y las otras sombras, las que duelen, donde las camas son menos cómodas y más baratas, y el sueño pura utopía. La realidad de la noche, a veces, es una intemperie de miedos.

Sí, le habría visto, solitario, deambular por las aceras de calles iluminadas de pan de cada día, cabizbajo, con el bazar a cuestas, temiéndole, lo reconozco, el paso y el tintinear de sus fantasías de «plata» y «oro» desgastadas de tanto tránsito y tanto regateo. Y yo con mi miedo. Y él, probablemente, sin su pan.

Seguro que en una noche de fiesta, por allá donde hasta el mar se aprovecha de ser políglota, le habré paseado la mirada por sus brazos extendidos, apenas perceptibles tras el falso resplandor de cadenitas y pulseras, relojes y pañoletas varias, y por un instante de posibilidad habrá aproximado su «escaparate» balbuceando calidades y precios; por descubrir unas y por negociar otros. I de entre todas esas baratijas habrá creído sacar en limpio, por lo menos, la mitad de un sueño; habrá pensado que podía hallarse en el país de Oz, de lo contrario hubiera sabido que se está mejor en casa que en cualquier otra parte.

Le habría visto muchas veces. No me habría pedido agua, ni pan. No se habría acercado para decirme su nombre ni para contarme de qué otras tierras y vidas proveía su bello tinte, ni para hacerme saber su nostalgia de las personas que le querían y que dejó al otro lado del mar, ni para mostrarme su rostro a la luz del día y reconocernos en nuestra diferencia.

No le habría conocido de no ser por la prensa: "…Amadu estaba muerto. Llevaba tiempo enfermo, aunque no sé exactamente qué es lo que tenía. Para mí, que ha muerto de abandono", explicaba Ibrahim, su compatriota y único amigo.

Por el barrio nadie le habría visto, tampoco nadie le habría reconocido. No tenía chapines rojos porque nunca quiso tratar con «magos».

"…Amadu estaba muerto".

Y viendo los hombres que aquello no era bueno, en el universo de Oz se convirtieron todos al daltonismo.

Capítulo 5

QUINCE AÑOS TIENE MI AMOR(Título de la canción del Dúo Dinámico, compuesta y grabada en 1960).

A menudo pienso en los quince, esa edad de esplendor y de gloria en que de entre las últimas convulsiones de la niñez aflora la belleza impúdica de una incipiente juventud. Como decimos por aquí «la edad del pavo».

Yo nunca supe cuándo empezaron los primeros síntomas aunque, a decir verdad, creo que mi particular interés por el sexo opuesto tuvo algo que ver. De lo que sí estoy segura es que debió de ser tarde, porque no acierto a encontrar una base sólida que fundamentara alguna de aquellas «atracciones fatales» y mucho menos qué era lo que me resultaba tan interesante en aquellos motoristas de 49. Rescato un «flash» de la memoria: el chico, con el que hacía 10 minutos que había empezado a salir, me toma de la mano y con su otra mano se sacude sus partes bajas dirigiéndose hacia mí:

—¿Te da corriente?

Durante mucho tiempo me estuve preguntando qué había querido decir. Después de averiguarlo, pensé que era el ser más repugnante que había sobre la tierra y, respecto a mí, supe que la ignorancia ya no era sinónimo de inocencia en su más «dulce» y «cándido» sentido, sino que se había transformado en una de las muchas insuficiencias con las que la adolescencia nos adornaba para hacernos saber, precisamente, que nos faltaba más de «un verano».

Y porque todo llega en la vida, un día empecé a interesarme más por la «física»… y por la ropa interior, y por los pantalones ajustados, y por los tacones altos, y por el rímel de mi madre —que se le perdió en mi bolso un sábado por la tarde—, y en la discoteca, y en guardar la línea aunque todavía no la hubiera, y en tantas otras cosas que hacían de mí una expedicionaria innata, ávida de descubrimientos.

Paradójicamente después de los años y a esas medio-alturas de la vida, cuando se te va pegando en la boca eso de que «se está de vuelta de todo», aunque solo lo digas para presumir, después de mis quince tan efímeros, tan banales y… tan añorados, la desbordante vitalidad de esas otras quinceañeras de ahora me resulta insufrible; casi ofensiva, exultante y desesperadamente lejana. Y lo peor es que están en todas partes; pataleando las calles en pueriles escuadrones, haciendo corrillo o sentadas a horcajadas en los bancos de los parques sobre los muslos de alguno igual de bien parecido y, a lo peor, tanto o más espabilado.—La suya

debió de ser una generación prolífica—.

¡Quince, la niña bonita! dicen, y debe ser verdad porque ni siquiera necesitan hacer uso de la coquetería para denostar su atractivo pueril y provocar miradas maliciosas. Su piel luce tersa y firme —y firme todo lo que tiene que estar firme—, su cabello alborotado y desgarbado, y sus gestos intencionadamente infantiles. El chaquetón más cutre les sienta de perlas y sus zapatos, desafiadamente horteras, les hacen parecer de lo más «chic»; no es que vayan a la moda, es que la moda les persigue.

¡Te la cambio por dos de quince! Dicen también… ¡los infames, claro!; creo que, afortunadamente, no hablamos el mismo idioma —y traducirlos, a menudo, resulta aburrido y molesto—. Porque después de asistir y resistir a ese desfile triunfal de adolescentes encandiladas, espontáneas y casi malvadas en su obstinada ventaja, Una acaba aterrizando en el espejo de sus días y es entonces cuando se las vé venir; echa mano de la anti-arrugas, la hidratante, el gel descongestionador, el body milk, la mascarilla de zanahoria… y rescata esos tejanos resignados ya en el fondo del armario, y hasta deja de respirar con tal de poder abrochárselos. Con las mechas rubias al viento, esplendorosas de spray fijador, y un garboso ¿contoneo?, sí, que resulta de andar con dominio del tacón de aguja, Una se arriesga y espera… una palabra, un gesto, salvadores de quien sabe qué melancolías. …Es tan poca cosa. Pues con todo y con eso, siempre, siempre hay alguno, porque —causalmente— siempre es Él, que haciendo hincapié, venga o no al hilo de la conversación, deja caer eso de que «¡…tú ya no eres ninguna niña!» y ¡cae… la frase! —Una tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano para que, por una vez, el rostro no sea espejo del alma— y asiente: «No, claro», odiadora —porque alguien dijo que el odio humaniza mucho—. Y sin perder la apariencia humana, se le agiliza a Una la respiración y en uno de esos hinchazones de… estómago, se «expaaaannnnndeeee» y salta con ímpetu el remache del pantalón. Habría apuntado hacia Él, lástima no haberle dado en un ojo.

Capítulo 6

SET DE SIETE

(En mi lengua mallorquina, la palabra «set» significa: siete. Y éste que veis era el título de una columna semanal en el 'Diario de Mallorca', de hace ya algunos años).

Al poeta del diario parisino.

A ese hombre del diario, que dice llamarse como tú te llamas, he de decirle que el viaje de Bardamu no fue hacia el fin de la noche sino hasta el principio del día. Dices que ahora se vé solo, y sin embargo se acompaña de un calor que emana del vaho de verbos con que adjetiva su apariencia ...y se compadece. Le bastan todas esas palabras para resguardarse del frío pero seguramente un café le anestesiara los dedos y dejara de sentir ese dolor agudo en las uñas.

A ese hombre del diario, que dice llamarse como tú te llamas, le nacen caminos bajo los pasos, horizontes en la mirada; los retrasa y los apresura, inventa ciudades imposibles de agotar. Pero hecho de carne y de huesos, cuando se autoconvierte en un ser efímero, irremediablemente le confunden los disturbios de la razón y padece ausencias, epilepsias que le secuestran hasta el más ínfimo de los sueños.

A ese hombre del diario, que insiste en llamarse como tú te llamas, ya no le hace falta traspasar el umbral de ninguna puerta. En su secreta metamorfosis se ha convertido en «una abierta ventana que escucha». Está dentro de un todo y fuera de sí porque aún no lo sabe. Son los verbos quienes le prefieren a él: pretéritos pluscuamperfectos, gerundios en movimiento, infinitivos que aluden a infinitas ocasiones, infinitivos que ocultan otros infinitivos D E C L I N A R, verbos transitivos transeúntes de la vida y verbos reflexivos, y al fin presentes de indicativo para poder escribir en primera persona y no comportarse como un vulgar delincuente, merodeando entre estas notas convulsivas que no convulsas.

Aún hay tiempo para volver a abrir el cuaderno y regresarte.

Capítulo 7

¡PAZ!

Mientras conduzco hacia la oficina oigo la radio de mi coche; no hay buenas noticias, últimamente casi nunca las hay. Pienso en ese padre de familia que se levantaba todos los días de madrugada para acudir a su trabajo, en esa mujer que después de dejar a los niños en el colegio se dirigía a empezar su jornada laboral, en esa abuela que preparaba el almuerzo de todos, en el joven entrando en la universidad, en los chicos cruzando las calles para llegar al instituto… en la vida de esas personas que ahora están padeciendo la guerra.

Pienso en mi pareja al despedirse con un beso y cruzar la puerta de casa todos los días, pienso en la sonrisa de mi hijo, en mi madre cogiendo el teléfono para contarme cómo se encuentra hoy y en mi hermano cuando envía watssaps picarones al grupo de la familia. En el tiempo en que me detengo frente a los semáforos en rojo, vuelvo a ver las caritas de «mis niños pequeños» —como yo los llamo—; puedo oir sus voces en medio de las conversaciones de los mayores, volver a contemplar sus juegos y sentir sus caras contra la mía cuando, al despedirse, me hunden las mejillas con sus besos. Y vuelvo a ver a sus padres, a los que he tenido la gran suerte de haber visto crecer cerca de mí, y a otros padres que me han visto crecer a mí y de los que he aprendido a ser quien soy. De todos ellos estoy hecha yo misma y mi vida, y no me imagino sin uno solo de esos recuerdos, de esos juegos, de esos besos, del tiempo en que nos conocemos y nos reconocemos, de tantas charlas y abrazos, y también de lágrimas compartidas que nos unen y nos hacen más fuertes.

Y es entonces cuando comprendo esa gran tragedia humana y me pregunto cómo es posible que ocurra; y lloro por ese padre, por esa madre, por esos niños, por esos mayores que podrían ser mi padre, mi hijo, mi amor, mi hermano, mis niños, mi familia… Y es cuando detengo el coche y por un instante miro al cielo y suplico… suplico la **PAZ**.

Todas las mañanas, mientras conduzco hacia la oficina, oigo la radio de mi coche y el alma se me queda en coma.